

calcularla por la que nos produce la contemplación de algunas almas fecundadas por la gracia, que por haberse trasparentado más, las podemos ver más de cerca por decirlo así. De cuanto nuestra razón alcanza por sí sola, ¿qué puede haber más sublime y más grandioso que el alma de San Agustín, la de Santa Teresa, y las de tantos otros santos en cuyas almas moraba el Señor, alumbrándolas con la fe, encendiéndolas con la caridad y la esperanza?

San Agustín, ¡qué alma! En él parecen haberse agotado las fuerzas de la inteligencia y del sentimiento humano. Como fuego vivo era su corazón, fuego vivo su inteligencia, fuego vivo su palabra. Habla sobre los sucesos humanos, y medita sobre ellos, y reflexiona, y los refiere y conoce su origen y sus consecuencias, como si viviendo desde Adán los hubiera presenciado todos. Fija sus ojos en la Iglesia, y penetra, por decirlo así, en su estructura íntima, hasta palpar los tejidos divinos que la sostienen. Habla de la memoria y la inteligencia humanas, y se lanza hasta una profundidad asombrosa en esos pavorosos abismos. Comenta la Sagrada Escritura, y parece que

los Profetas y los Apóstoles bajan á explicarle su sentido. Habla del tiempo y del espacio, de lo inmenso y de lo eterno; se eleva en la contemplación de los misterios, y en éxtasis de adoración, profiere voces... que hombre ninguno ha vuelto á proferir. Santa Teresa se hunde en las sombras y el silencio del claustro, y allí, postrada á los pies del Salvador los riega, como la Magdalena, con su llanto, y gimiendo y orando clama sin cesar á su Señor: la gracia de Dios descende á ella y la eleva, y la eleva hasta una altura, en que Santa Teresa, trasportada, enajenada en éxtasis inefables, ama con el amor casi de los cielos.

¡Oh! el alma es de una grandeza que en vano intentaríamos penetrar. Si necios pretendiéramos correr en pos de esa llama celestial hasta alcanzarla, perderíamos la razón, y seríamos como un demente que con su mano quisiese asir el sol desde la tierra.

Hay algo, sin embargo, más grande que el alma humana en toda su grandeza. Mientras vive sobre la tierra; mientras está encerrada en la estrecha cárcel de su cuerpo, no es más que un filón de oro cu-

bierto de polvo y moho, un brillante arrojado al lodo. El alma humana, mientras dura su triste peregrinación, es á las almas bienaventuradas y á los espíritus celestiales, lo que la pobre tierra es á los cielos.

Dios, que es inmenso, que es infinito en todo género de perfecciones y se halla en todo lugar, en los cielos es donde se manifiesta á los espíritus celestes y á las almas bienaventuradas. Estos espíritus puros que están adorando á Dios Criador y Señor de cuanto existe, tienen una inteligencia muy superior á la humana, para contemplarlo y comprenderlo, y lo aman con una caridad que nosotros ni vislumbrar podemos, porque como Dios es la bondad, la inteligencia y la hermosura suma, y por tanto infinitamente amable, se le ama más á medida que se le conoce mejor; y si nosotros no le amamos como debiéramos, es porque no cuidamos de conocerle cuanto podemos.

Los moradores felices de los cielos son de una naturaleza tan superior á la humana, que ésta es incapaz de comprenderlos. Los ángeles y arcángeles, las virtudes, tronos y dominaciones, los querubines y serafines, todos los celestiales espíritus recibie-

ron de Dios una inteligencia y un amor, de los que son una débil imagen los de los hombres santos; y con ellos son eternamente felices en la contemplación de las perfecciones infinitas, que es para ellos un éxtasis siempre el mismo y siempre nuevo, que les hace, según la expresión de los místicos, apetecer sin ansiedad, y estar llenos sin hartura; entender y más entender, amar y amar siempre más.

A los celestes espíritus ahora sólo los conocemos por las sagradas revelaciones del Antiguo y Nuevo Testamento, por las iluminadas elevaciones de algunas santas almas contemplativas y por las narraciones, sobre todo, de San Juan, y de San Pablo que por gracia singularísima del Señor fué arrebatado hasta el tercer cielo. Pero es corta la noche. . . . pronto se disiparán sus sombras y rayará la luz pura de la aurora eterna. Morirán los cuerpos y tornarán á resucitar. . . .

Entonces los bienaventurados, los hijos benditos del Eterno Padre, entrarán en la solemne posesión de la gloria que les tiene aparejada desde la eternidad, de ese paraíso "obra maestra de su magnificencia, pre-

cio de la sangre de Jesucristo": desvelándose los misterios de la creación ante sus ojos inmortales, verán al Señor en su esencia, y felices con la felicidad del mismo Dios, entonarán confundidos con los angélicos ejércitos de la Sión Eterna, el hosanna sin fin de los elegidos. ¿Qué será ver entonces los cielos en toda su magnificencia? A los bienaventurados y á las milicias de los ángeles más resplandecientes que el sol, y mayores en número que las estrellas del firmamento y las arenas de la mar? Mas ¡ah! no hablemos de los cielos. San Pablo, que fué arrebatado á ellos, sólo podía exclamar: En ellos ví lo que ojo alguno puede ver, y oí lo que oído alguno jamás ha escuchado: lo que hay en ellos, inteligencia alguna puede comprenderlo, ni lengua humana explicarlo.

¡Un poco de aliento! ¡El alma cae rendida al peso de tantas maravillas! Tan bella es la tierra y sus magnificencias, tan pasmoso el firmamento con todos sus astros, tan sublime nuestra alma en todas sus potencias: los cielos donde el Señor de lo criado se manifiesta, son de una excelsitud tan superior á cuanto podemos concebir,

que parece, al contemplar tantos prodigios, que la escala de lo grande, de lo perfecto y de lo bello, se ha agotado.

Hay algo, sin embargo, más grande, más bello, más perfecto que todo esto, y que todo esto junto. Sí, María, la criatura entre todas las criaturas, la que el Señor formó para que fuera la Madre del Verbo Increado, á la que la dió una inteligencia superior á toda inteligencia creada, una alma capaz de amarlo más que otra alma alguna; María, la elegida entre millares, la resplandeciente aurora sobre la tierra, del sol eterno de justicia y de hermosura, la Reina de los ángeles y de los hombres, la que sobre un trono de luz inextinguible y al lado de su sacrosanto Hijo, domina en los cielos y los mundos, llenándolos de bienes, derramando sobre ellos á torrentes sus bondades. Ella, el aliento de los que combaten y la última palabra de los que sucumben; el consuelo de los que lloran y la esperanza de los que sufren; el escudo de las vírgenes y el manto de los huérfanos; la estrella de los que navegan y la salud de los que padecen; Ella, cuyo nombre al morir nos legaron nuestros padres; Ella,

la Madre de nuestras madres, la que vale más que el firmamento con todos sus mundos y que los cielos con sus ángeles, Ella, la Madre de Dios, ¿creéis que tuviera en su alma, en su santa alma, la mancha del pecado? Primero Dios, infinito, inmenso en todo género de perfecciones, eterno y omnipotente, sapientísimo y bueno....y luego, en seguida Ella!...¡ Esa es María!... Que vuestro corazón decida si pudo haber en Ella mancha alguna.

Mas nó; ni nuestro corazón, ni nuestro entendimiento pueden decidir, sino humillarse deben ambos. Hace quince años habló el soberano Pontífice Pío IX el Grande y humildes se inclinaron todas las cabezas. Pero nó; su voz la oímos: mas no fué Pío IX quien habló.... Jesucristo mismo fué quien proclamó la pureza de su santa Madre. Haced cuenta que al oír al Santo Padre, habéis escuchado la voz viva de Dios mismo, como la oyó Moisés entre relámpagos y truenos, sobre la inflamada cumbre del monte Sinaí.

¡ Bendita seas, Madre de Dios, y por su infinita misericordia, también Madre nuestra! Para alabar tu pureza, los pobres hom-

bres, tus hermanos y tus hijos, no tenemos ni corazón, ni pensamiento, ni palabras. Arrebatándoles su acento á la Iglesia y sus cánticos á los ángeles, sólo podemos exclamar con ellos: "¡ Dios te salve, María, llena eres de gracia, y el Señor es contigo. Madre de Dios, ruega por nosotros!"

